

CARLOS VELÁZQUEZ
PREDICADOR CALLEJERO

KARLA ZÁRATE
SIN COMPROMISO

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ
¿PSICOLOGÍA O PSIQUIATRÍA?

DALIA PERKULIS (1975-2022)

NÚM. 360 SÁBADO 16.07.22

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

LA RISA Y LA SEVERIDAD DE IBARGÜENGOITIA

CARMEN BOULLOSA

CUARENTA AÑOS DE *LOS PASOS DE LÓPEZ* • DANIEL HERRERA



Joy Laville, *Mujer sentada en una silla rosa*, ca. 1990 • Fuente • Art Museum of the Americas / twitter.com

DOS POEMAS • LEÓN PLASCENCIA ÑOL

RICHARD TARUSKIN, MUSICÓLOGO EJEMPLAR • RICARDO MIRANDA

PASIONES CIENTÍFICAS Y VISIÓN DE GÉNERO • GABRIELA FRÍAS VILLEGAS

El Premio Jorge Ibargüengoitia de Literatura, que concede la Universidad de Guanajuato, ha ganado un prestigio importante entre escritores. En el veredicto del año 2021, un jurado compuesto por Fabienne Bradu, Inés Ferrero Cándenas y Adolfo Castañón lo otorgó a Carmen Boullosa, al considerar que su trayectoria es "renovadora, prolífica... merecedora del [reconocimiento] por sus aportaciones al género de la novela".
Consejera editorial de este suplemento, la también poeta, ensayista y dramaturga comparte el discurso que escribió para la entrega presencial del galardón, que ha quedado pendiente a raíz de la pandemia.



LA RISA, LA FIESTA Y LA SEVERIDAD DE IBARGÜENGOITIA

CARMEN BOULLOSA

@carmenboullosa

Nunca queda del todo claro qué me lleva a escribir esta novela o alguna otra, por qué el tema, el personaje, la trama, el lugar, en cuál siglo, si la batalla de Lepanto, el Mar Caribe y sus piratas del XVII, el Colegio de Santa Cruz Tlatelolco y los frailecillos indios que legaron la enciclopédica recopilación de saberes prehispánicos, o la frontera norte mexicana en el XX, o la Texas que nos robaron en el XIX, o una pintura de Velázquez, o un paisaje de José María Velasco, una imagen del Códice Florentino, la infancia y el autorretrato de Sofonisba Anguissola, o su estancia en la corte de Felipe II, o unos niños furiosos o menos furiosos en la Ciudad de México en los sesenta, o Moctezuma vuelto un Lázaro en los ochentas del XX en la dicha. O uno que otro Cuévano —ciudad impostora que ocupa el lugar de otra, y que utiliza la suplantación para pertenecer y, de paso, hacer fiesta y reír.

La fiesta es un activante esencial, en el sentido de activante químico. Cumple una función social, anima, repara, sana, amista (o enemista), libera y termina por volvernos a todos parte de un aro de pertenencia y de responsabilidad. Tras la fiesta, a veces procede la pachanga. La pachanga es inútil, es un desgaste. Pachanga gozosa, donde ya todo es distensión, alivio, huida, viaje.

NO SE, DECÍA, qué demonios privados o qué ángeles públicos (caídos o en las alturas) me llevan a un particular escenario o personajes. Para explicarlo, siempre elijo una fábula. No echo mano de una mentira, sino de La Imaginación,

que si bien pasa por ser una pobrezuela sin padre ni madre, es la hija bastarda de la Verdad. Su bastardía está hambrienta de verdad —porque la Verdad, que no es una sino varias verdades simultáneas, es Imaginación. Como Verdad abandonó a Imaginación, intenta ansiosamente, desde que la echaron de la casa real, desde su despojo, representar los huesos de Verdad con los trapos que tiene puestos —que son, sí, los de una huerfanita.

Imaginación, pues, ente humano sin acta de nacimiento, gestada por múltiples progenitores, es hija también del pueblo. Andrajosa andrajienta, para protegerse, se escuda en los demonios secretos de quien quiera le dé cabida en su cabeza. Esos demonios son su traje de calle, y su atuendo de fiesta. Ya vestida así, cuídense de esa hambrienta de padres; es de convivencia inclemente; desenfrenada escruta, critica y no conoce compasión. Hay que cuidarnos de Imaginación, atrabancada se lleva todo entre los pies, pero también hay que procurarla: sin su guía, estamos perdidos.

Qué cosa, que el destino Humano esté en manos de la despojada, la nómada de natural, la que está buscando perpetuamente casa y nunca dará con ésta.

NO ES EXCEPCIONAL que los novelistas echemos mano de una fábula, una impostura, una simulación, de lo imaginario, para pinzar los porqués, para respondernos cuál es el sentido. Y que lo hagamos con algo que no se considera Verdad porque no tiene el certificado de aprobación emitido

Fuente > ugto.mx

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12



Jorge Ibarguengoitia
(1928-1983).

“CON MI ABUELO GUANAJUATENSE TUVE UN TRATO MINÚSCULO Y DISTANTE, Y SE FUE DE ESTE MUNDO ANTES DE QUE INTENTÁSEMOS RELACIONARNOS COMO ADULTOS. REPROBÓ DRÁSTICO EL MATRIMONIO DE MIS PAPÁS... DE REBOTE, MIRABA CON DESDÉN A LOS NIETOS”.

por el Supervisor Oficial de la Verdad, que es decir el severísimo señor Ojo de la Razón.

El Ojo de la Razón es un señorón rígido que cojea, aunque a veces consiga aparentar que camina elegante, y deslumbre, arrobe, doblegue, o por lo menos nos deje perplejos, coordinados sus pasos por la coreografía racional —o la del poder oportunista.

Los menos cuerdos —pero más sabios— dictaminaron tiempo atrás que es un absurdo carnavalesco plegarse sin condiciones al Ojo de la Razón, si a fin de cuentas descubriremos, después de haberlo imaginado, que la Tierra no es plana (así el Ojo de la Razón viera y dictaminara lo contrario).

Escribí esto durante el confinamiento, cuando La Ciudad quedó suplantada por nuestra propia nariz en la pantalla. Y como la vida a menudo nos regala metáforas, ahí tenemos: la nariz pierde el olfato con el Covid-19, en espejo ella no lo tuvo nunca: somos en Zoomlandia los desolientes desoladores, seres sin pies, pura cara —como seres que siglos atrás hubiese ya descrito Plinio.

Sólo Imaginación es quien nos lleva de regreso a la vida gregaria en tierra firme y verdadera. Y las vacunas, que no se habrían creado si los científicos expertos no hubieran tenido a Imaginación como una auxiliar que no aparecerá en la nómina, ni le darán crédito.

LLEVO AÑOS ESCRIBIENDO una novela en la que habitará, entre otros, mi abuelo Fernando Boullosa Carrasco (Guanajuato en 1901). Tras él y su familia se me han ido meses obsesionados con Guanajuato y por ellos regresé a Ibarguengoitia, porque decir Guanajuato es, para un lector, decir su nombre. He vuelto a él, aunque no haya nada más opuesto que el espíritu de sus novelas y mi abuelo.

Si mi abuelo paterno hubiera sido novela, habría sido una costumbrista francesa, bien armada. Y si, forzado a ser novela del XX mexicano, se parecería al estilo de Martín Luis Guzmán, y por contenido con mayor inclinación a la mexicana de Graham Greene, jamás a las de Ibarguengoitia.

Con mi abuelo guanajuatense tuve un trato minúsculo y distante, y se fue de este mundo antes de que intentásemos relacionarnos como adultos. Reprobó drástico el matrimonio de mis papás, lo aceptó (o toleró) con reservas después de seis años. De rebote, miraba con desdén a los nietos Boullosa Velásquez.

Con las novelas de Ibarguengoitia, en contraste, he tenido grato y largo trato, y las he gozado. Lo leí jovencita y lo sigo haciendo, ávida de risa, buena prosa y sólida y cómoda estructura.

Tengo una anécdota en la que mi abuelo e Ibarguengoitia me concmitan. Preferiría ligar a Ibarguengoitia con varios viajes familiares a Guanajuato, de niños, con mi mamá, pero como en éstos no vimos al bouldosa-je, así quedarán estas páginas sin las momias que a mí me fascinaron —no me dieron ningún miedo ni horror, hubiera querido llevarme una momia a casa y guardarla junto a la cajita de galletas Gamesa donde atesoraba un murciélago seco, traído del año en que vivimos en Hidalgo, cuando yo tenía siete años.

Y también preferiría ligar a Ibarguengoitia y a mi abuelo guanajuatense con mi primer Festival Cervantino, que coincide con el primer cervantino (1972). Viajamos a la aventura Alejandra Bravo Mancera, las descendientes de la calle Gabriel Mancera (ella), y la Avenida Doctor Vértiz (yo). Íbamos a la libre, con una mano adelante y la otra atrás, sin saber en dónde nos hospedaríamos y con dos centavos en la bolsa.

Fue un viaje maravilloso. Una señora muy amable, una *bohemia*, nos invitó a pasar la noche en su casa, llegamos por azar con un mimo y algunos actores que conocimos en la calle. Nos convidó té de hierbas —una tenue infusión—, y hablamos de poesía, de teatro, de pintura. Dormimos como lirones o querubines. Regresamos a la Ciudad de México la tardecita siguiente, intoxicadas de teatro, música, poemas, e iluminadas, pensando que en la vida era posible tener otra vida —la que tengo, la de una escritora.

Ahí, en esa aventura, no me hallé con nada ibargüengoitano; aunque riéramos mucho, no en la atmósfera de humor irreverente, sino en la neblina del adolescente trance poético que tanto se parecía a los arrobos y levitaciones teresianos, aunque de signo mundano, porque los Cielos del Poeta son bastante terrícolas, así legiones de santos poetas han querido conciliar los dos —carne y mundo—, con el Cielo y su divinidad, única y triple, y se han sacado un póker.

LIGO A IBARGÜENGOITIA y a mi abuelo, aunque en bandos contrarios, cuando, en 1958, fuimos a casa de mis abuelos paternos por primera vez en mi entonces ya larga vida.

Yo tenía cuatro años; mi hermana mayor, Dolores, cinco. Los abuelos paternos acababan de aceptar a mi mamá. Era la primera vez que íbamos a su casa, a cenar. Como para mi mamá nosotras éramos la prioridad, y como sabía que nos íbamos a quedar dormidas en el coche a la vuelta, y como no iban a acostarnos en la ropa de calle, nos vistió acorde: fuimos a cenar en pijama a casa de don Fernando Boullosa Carrasco, entonces contador general del Banco del Atlántico.

Don Fernando estaba impecablemente vestido para una cena formal. Sin duda, se le pararon los pelos de punta al ver el despropósito. No sabría apreciar que sobre las pijamas de franela trajéramos nuestras respectivas batas con ositos.

En la sala retacada de pinturas y objetos —al abuelo le apasionaba coleccionar cosas bellas y valiosas—, las niñas descubrimos dos sillas tan pequeñas. Ya sentadas, nos pudimos poner de pie llevándolas ensartadas a nuestras caderas, como polisonas (RAE: *POLISÓN es el armazón que, atado a la cintura, se ponían las mujeres para que abultasen los vestidos por detrás*). En lugar de la falda al piso, nuestras batas. Así dábamos pasos con gran estilacho, no derechitas, pero con polisonas.

Mientras tanto, los cuatro adultos entablaban una tensa conversación, o los tres, porque mi abuela Lupe no abría la boca. A saber de qué hablaban, poco podía importarnos a las niñas, nuestro juego nos era apasionante. Barbajanas, que no damas de falda larga, con el desmesurado trasero falso tanteábamos el territorio desconocido. Ningún adulto nos decía que no, y el único que echaba de pronto fulminantes miradas reprobatorias era mi abuelo, molesto ante la embestida airada de las salvajas malusando sus sillitas de colección, porque de caminar

con las éstas ensartadas, pasamos a correr dando vueltas por la sala, esquivando mesitas, sillones, vitrinas y piernitas de los adultos. Salimos de ese cerco y procedimos a ganar velocidad en el pasillo.

Yo estaba ebria de dicha, riendo como una loquita de cuatro años. Mi hermana Lolis tropezó y cayó. Mi papá corrió a ayudarla, mi mamá tras él, la llevaron hacia el baño, y yo, sin prestar importancia alguna, seguí riendo, absorta en el juego, balanceándome con mi silla a bordo, calculando cuál ruta tomar para una carrerita con polisón, en plena pachanga inconsciente, y empecé a correr.

Mi abuelo me atajó. Me tomó de los brazos y me levantó, reprendiéndome por burlarme de mi hermana. Yo, ya lo dije, no me burlaba. Me avergoncé infinito sin saber bien a bien por qué, y al aplastaje se sumó la desilusión del juego perdido. El urdido imaginario que habíamos hecho Lolis y yo para ser felices donde nosotros éramos las indeseadas, y no las bienvenidas, se esfumó con el regaño.

NO VINO ENTONCES al rescate Ibarguengoitia. Llegaría años después, con sus libros, en un escenario que usa los rincones y los salones domésticos, los banquetes y las cocinas, y brinca a los pasillos para pitorrearse de la Historia, sin desprenderse de las cucharas de palo y las cazuelas, los cojines de los sillones, los relojes que sacó de los cajones, las copas vacías. El hablar susurrante del chisme y la infidencia se entremezcla con los gritos, las proclamas, risas y sombrerozcos, y se desmonta festivamente la versión oficial. Ibarguengoitia novela con factura impecable y bien armada, mientras narra el desorden de las formalidades sociales.

Villoro comparó en alguna ocasión la hechura narrativa de Ibarguengoitia, de precisión pragmática, con piezas de relojería. Yo prefiero hacerlo con el polisón que sujeta la falda pomposa, y que nuestro autor desnuda y recicla, dejando intacta su estructura, para armar con él su pachanga. Escojo decir que en sus novelas corre con la sillita de anticuario ensartada en las caderas, como polisones en el juego de dos niñas salvajas. Precisa hechura con la que celebra su juego festivo que transcurre con la huella digital del habla materna guanajuatense (bien la ha etiquetado Carlos Ulises Mata).

Ibarguengoitia, irritante como la risa de la niña en el desboque insensible. Su mirada a la Revolución, que *El Partido* había convertido en sólido mito benéfico, con cero de compasión por la caída, torna la debacle y el espanto en fiesta, en pachanga novelesca, en mirada crítica.

Hay un pintor mexicano postrevolucionario que se acerca a la operación artística de Ibarguengoitia: Orozco. Difieren en la sexualización —Orozco sexualiza lo que toca con oscuro barniz, violento y prostibulario, que exhibe la masculinidad del milico triunfador (de la Conquista, de la Revolución), devastándolo.

El Don Juan de Orozco es un fanfante ridículo y afeminado, que tiene

“OROZCO RESUELVE SUS FURIOSAS FURIAS CÁUSTICAS CON PINCEL Y LÁPIZ EN MANO. IBARGÜENGOITIA NO LAS RESUELVE, Y NO SON TAN FURIOSAS AUNQUE SEAN BIEN CÁUSTICAS EN LA PACHANGA”.

tras de sí una montañuela de mujeres caídas, mucho más fuertes que él, los cabellos teñidos, los rasgos marcados; aunque derrotadas, lucen más meritorias que un don Juan, anomalía de seductor. Meritorias, pero poquito, nada admirables damas de ese Don Juan que, en el toque de Orozco, no es sino un (Don) Juanete.

Ibarguengoitia se afila, no sólo en la lengua, del lado materno, retoma el punto de vista desde lo doméstico. Orozco, en cambio, acomoda su balcón en el prostíbulo. No es la mujer quien rige y habla, no es su voz la que guía el trazo viril de Orozco. Esta diferencia no nos impide apreciar que Orozco e Ibarguengoitia comparten un eje: el escarnio del orden social en curso y la burla de la Historia que el poder quiere subir a un pedestal. La gloria que corea el aparato de Estado es la carne de cañón de su obra.

El caso Ibarguengoitia y el caso Orozco tienen un mismo resorte: burlarse y desacralizar la Revolución mexicana y la institucionalidad que la deriva, el gobierno revolucionario, que es la fórmula perfecta de tiranía intolerante traicionera a las mayorías, aliada corrupta de los que saben cómo esto les conviene.

Los dos, grandes artistas, no aceptan el bocado diario ofrecido por el régimen: la Revolución mexicana y el régimen revolucionario tornados en sujetos heroicos. En sus miradas y sus obras, el horror de la guerra y sus bajezas, la autofagia del ejército mexicano, la corrupción e inmoralidad de

los altos mandos y peones y demás protagonistas, lucen como escenas de cómicos de carpa de medio pelo.

La carpa de Orozco es cruel. La carpa de Ibarguengoitia no lo es: nos ofrece el plato caliente de la risa.

Orozco resuelve sus furiosas furias cáusticas con pincel y lápiz en mano. Ibarguengoitia no las resuelve, y no son tan furiosas aunque sean bien cáusticas en la pachanga que destroza la versión de la Historia que el Estado sacraliza —ingrediente clave para confeccionar la legitimidad del régimen postrevolucionario.

Cuando esto ya no le fue suficiente al dicho régimen —si es que se ha ido, cada día se nos rejuvenece en la transformación—, empezó a buscar otras legitimaciones, más o menos revolucionarias, más o menos heroicas.

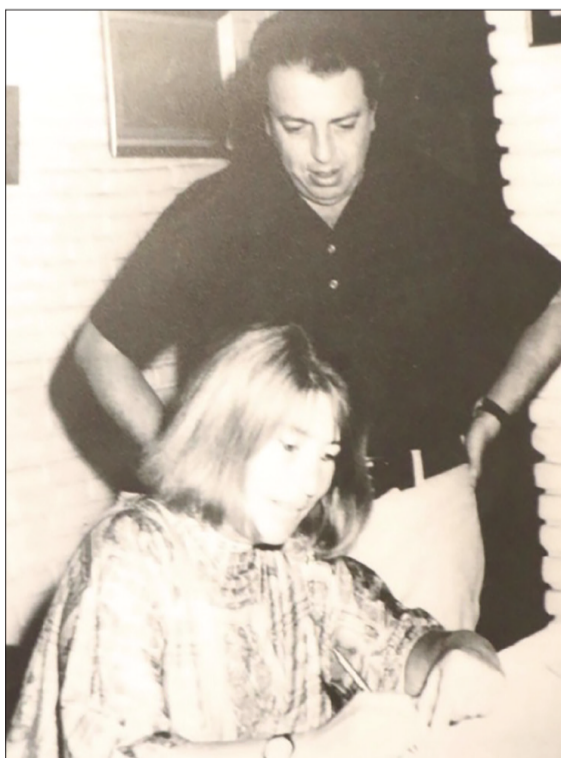
En el caso de Ibarguengoitia, no hay pecado original en sus protagonistas, más allá que sus tontas y hondas tontearías, pero en Orozco los seres que pinta parecen condenados a un destino —su Eva y su Adán son Cortés y Malinche, allí se inicia esto de lo que no podremos zafarnos, condenados (en Vasconcelos, el mestizaje es fuerza, en Orozco parte esencial de la condena).

No es en balde que, al cerrar los ojos, asociemos a Ibarguengoitia con la obra visual de Joy Laville, su mujer. Vemos las portadas de sus libros, pero también el abrazo con el que nos acoge, un festejo, la risa... y el polisón que otros creyeron era silla coleccionable, clavado en las caderas mientras jugamos, felices.

EN LA EXPEDICIÓN de novela mexicana ibargüengoitiana, aunque en nave ajena, viaja la Elena Garro de *Los recuerdos del porvenir*, desacralizadora también mayor de la Revolución mexicana. Baja del altar los objetos de culto, sin incendiarlos, escupirles o vituperar, por el camino de una infantil dulzura (que perderá su obra posterior). Omite las dosis de ácido sarcástico que Orozco e Ibarguengoitia usan en diferentes medidas y pociones. Ya lo vimos: Orozco usa tres dosis donde Ibarguengoitia emplea media. Ibarguengoitia añade el azúcar glass de la risa; Orozco, pulque.

Elena Garro toma sólo de su propia canasta. No es ácida, aunque en la trama contra los ricachones abusivos y sin escrúpulos, y la impunidad del ejército, y el perpetuo rosario de violencia contra las mujeres, esté presente la intención de ser ácida, pero en la médula de su novelar en *Los recuerdos del porvenir* hay la fresca presencia de La Fiesta.

Además de agradecer a la Universidad de Guanajuato y al jurado el honor del Premio Ibarguengoitia, quiero dar gracias a don Fernando Boullosa Carrasco, mi abuelo guanajuatense. Sé que los muertos tienen mano en lo que nos ocurre a los que estamos vivos. Él me trajo a Guanajuato en la imaginación, por él he estado habitando en varias formas de Cuévano y en esa ciudad real, congelada en los primeros años del XX. Gracias, abuelo mío, donde quiera que estés: hoy hiciste *lobby* para que tu nieta recibiera el Ibarguengoitia. ☑



Jorge Ibarguengoitia y Joy Laville en 1973.

Fuente: falconvoy.com

La vigencia de la obra se manifiesta desde su presencia infalible en librerías, con ediciones diversas que confirman su capacidad de atraer lectores al goce de su escritura. Al ras de la vida cotidiana, en ella la historia resuena con el juego de la inteligencia, la ironía, la parodia, la irrisión implacable que hace trizas la hipocresía, así como las pretensiones de la demagogia y los buenos propósitos jamás logrados. La última de sus novelas insiste en los recursos distintivos, con la potencia adicional de la madurez y plenitud del autor.

Jorge Ibargüengoitia

CUARENTA AÑOS

DE LOS PASOS DE LÓPEZ

DANIEL HERRERA

@puratolvanera

Desde que la vida adulta llegó —sobre todo la que te mantiene despierto por la madrugada o que te vapulea tanto que terminas dormido a las diez de la noche—, desde entonces, leer se ha vuelto más complicado. No quiero decir que no lea, sólo que ya no hilo un libro tras otro. Por otro lado, he cambiado la velocidad por el análisis. En mi juventud leía sin detenerme en los pequeños juegos del lenguaje, sin poner atención a los arcos narrativos, sin entender cómo un personaje decide pasar a la acción y transformarse. Sólo leía y leía. Ahora leo menos, pero mejor.

HACE UNAS SEMANAS me enteré de que la edición mexicana de *Los pasos de López*, de Jorge Ibargüengoitia, se publicó en 1982. La última novela de uno de los más grandes escritores mexicanos cumple cuarenta años y decidí que debía revisitarla. Sucedió lo que esperaba: la leí en apenas un par de días. Y eso porque tuve que trabajar y todo ese horror. La leí con calma, revisando los giros literarios, las estrategias narrativas y los arcos de cada personaje.

A Ibargüengoitia se le ha acusado no de ser sencillo, sino simple. Esto sucedía cuando el autor estaba vivo y también ahora. A pesar de que en la actualidad es aceptado como un narrador original que supo retratar la idiosincrasia mexicana a través de novelas ubicadas en distintos momentos de la historia, la crítica sobre su simplicidad sigue en el aire. Incluso su profesor, Rodolfo Usigli, dijo que el lenguaje de su alumno era “descuidado y escueto, hasta casi ser esquemático, poco justo en los símiles y en las formas coloquiales o figuradas; y de mal gusto en general”. También le pidió que tirara a la basura sus obras teatrales. Por fortuna, Ibargüengoitia mandó a su maestro por un tubo.

Entre el público no especializado siempre gozó de un arrastre masivo. Lo que más me gusta de él es que sus libros los pueden disfrutar escritores y académicos, pero también quien limpia los pisos en la universidad. Sólo es

necesario que sepa leer. Es la gloria más grande a la que debería aspirar todo escritor: que la obra llegue a todo el mundo. No comprendo a quienes creen que el lenguaje debe cargar con todo el encanto, aunque confunda, y se conforman sólo con la lectura de sus pares.

ENCONTRÉ EN *LOS PASOS DE LÓPEZ* dos características importantes: por un lado, la desacralización de la historia nacional y, por el otro, el retrato de la mexicanidad desde una visión irónica y humorística, pero siempre poniendo el dedo en la llaga.

Si algo hizo a la perfección Ibargüengoitia fue tomar la historia nacional y quitarle la pintura dorada barata. Lo hizo en sus obras de teatro y lo hizo aquí, con la última obra de su carrera. El asunto es que *Los pasos de López* tampoco cumple con las características de una novela histórica. No hay en ella una interpretación cercana a los documentos, sino al sentido común que convierte a los héroes nacionales en hombres y mujeres comunes, en situaciones extraordinarias. Más que una narración apegada a la supuesta realidad, se trata de una novela que avanza gracias a que reconocemos en los personajes, sobre todo en el protagonista, a nosotros mismos. ¿Qué haríamos si las circunstancias nos enrollaran en una conspiración para tumbar al gobierno? ¿Cómo traicionaríamos a esos nuevos amigos que nos reciben con los brazos abiertos, pero con intenciones escondidas?

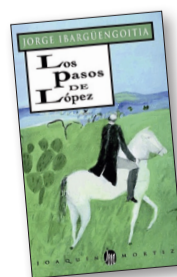
La conspiración nace de una idea ingenua: la independencia será cosa de coser y cantar. Cada decisión tomada por los personajes es un error. Únicamente en el campo de batalla llevan ventaja pero, al final, también ahí fracasarán. La obra nos descubre a un Perión/Hidalgo arrebatado, y a sus amigos que soportan las decisiones de aquél con estoicismo. No voy aquí a confrontar la novela de Ibargüengoitia con datos históricos. No creo que el autor quisiera eso. Pienso que su intención tenía más que ver con retratar la humanidad de los personajes. Esos

“ENCONTRÉ POR UN LADO LA DESACRALIZACIÓN DE LA HISTORIA NACIONAL Y, POR EL OTRO, EL RETRATO DE LA MEXICANIDAD DESDE UNA VISIÓN IRÓNICA”.

grandes nombres que en los ochenta todavía se escribían con letras de bronce. Más que entrar en una discusión histórica con los especialistas, yo leo el interés por explicar la condición social y económica del momento en el que surgió la conspiración independentista. En ese sentido, el libro es un acierto narrativo que sirvió para desacralizar a esos héroes que los políticos actuales todavía quieren usar como excusa para justificar sus decisiones. Así, Ibargüengoitia logra algo que en apariencia es sencillo: retratar lo mexicano sin cursilerías y trasladarlo al pasado, pero identificarlo con la vida actual.

EL PERSONAJE MÁS INTERESANTE de la novela no es el narrador sino Perión, un retrato de Hidalgo poco cercano al santo civil que los gobiernos nos han querido presentar. Informal, impaciente, egocéntrico, rencoroso y compasivo, es el espejo perfecto de todos los líderes populistas mexicanos. Perión no cree en el orden ni en la organización, permite que la turba se comporte como se le antoje y se siente abrazado por la ignorancia del mexicano promedio. Es el caudillo que ha llevado al desastre a este país desde el siglo XIX. El amado líder, el populista, el personaje que quiere pasar a la historia nacional a como dé lugar.

No nos hemos podido librar de este tipo de líderes. Pareciera que seguimos atrapados en el pasado, viendo por el espejo retrovisor y esperando a un mesías que nos muestre el camino para salir de este México eterno. Ibargüengoitia ya lo sabía y nos avisó muchas veces, si sólo hubiéramos abierto los ojos. ■



Artista visual además de editor y poeta, León Plascencia Ñol (Ameca, Jalisco, 1968) es autor de varios libros, como Animales extranjeros (2021), por el que obtuvo el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines, y La música del fin del mundo (2019). En esta ocasión presentamos dos poemas inéditos de su autoría, que vuelven a temas que le interesan desde hace tiempo: el instante y una "insólita pasión por nombrar / las cosas extraviadas", es decir, la lengua como (im)posibilidad de asir la realidad.

DOS POEMAS

LEÓN PLASCENCIA ÑOL

@leonplascencia

LENGUA O LENGUAJE

Una señal, un vínculo equívoco entre lenguaje
y lengua, para decir estoy
aquí a mediatarde, súbitamente
impronunciable, o mejor, pura irradiación
bajo un peso invisible. Atrás queda
la oscuridad de la tormenta para regresar a casa. Hay
una insólita pasión por nombrar
las cosas extraviadas. Aunque la palabra *pasión*
dé miedo o devaste
una señal de lengua o lenguaje.
Pero permanecemos, es cierto, amparados,
impermeables por la mañana
bajo un blanco quieto. Somos
un desastre con algo de secreto, de guerra
entre lava y levedad, por decir
algo menos. Una señal, un territorio
para el cuerpo. ¿Quién
muerde o modula el metrónomo del lenguaje,
lo azulado del mundo, la animal
soltura del invierno? Mientras camino
encuentro el nombre, sin embargo, hay algo
nuevo en el matiz, la luz invisible
de la acera, el rostro de mi mujer
mientras toma una fotografía o hace un retrato
de alguien quien fui hoy entre el espresso
y los dibujos del cuaderno. No hay
nada nuevo en este invierno, una hora
perdida, unos pasos
evidentes en nuestro barrio, una señal
entre lengua y lenguaje. Un insecto
atraviesa el campo de definición

del retrato. Mi mujer lee algo en su teléfono,
sonríe. Se escuchan unos cláxones.
Hay una partida para encontrar
dónde quedó el itinerario
de cierta expedición que nunca
hicimos. Por cierto.

UNA MANCHA

Qué sensación tan extraña la lluvia que cae,
inconsolable a través de esta tarde de marzo. Casi
tibia, dulce, golpetea contra la ventana

y se irá pronto, igual que el ladrido de los perros
que provienen del departamento vecino. Afuera
el hombre que recoge la basura, sus pasos

de fantasma apresurado, su aire
silencioso en los pasillos de este edificio. Miro
desde el último piso una alfombra de flores

de jacarandas, un grupo de ancianos que charla
en el camellón, la mujer que trota, el pelotón
de bicicletas estacionadas. Hay un bosque,

una melodía en el estéreo que vuelve repetitiva
una y otra vez. Son una serie de notas en apariencia
como un respiro ávido, ralentizado;

su velocidad es fría. Hay alguien capaz de ver
una rasgadura, una mancha de helado en las comisuras,
un estallido de ti, una tarde desplomada. ▣

En el año 2016, la exitosa visita a México de Richard Taruskin comprobó, como afirma esta memoria, que la musicología en nuestro país ya no es "un asunto de aficionados". El conocimiento del erudito se hizo evidente en sus colaboraciones polémicas y, ante todo, en los seis volúmenes de su Historia Oxford de la música occidental, que aseguran la permanencia de su legado. Estas páginas evocan con precisión y calidez tanto el genio como la figura del autor, fallecido este mes de julio.

Richard Taruskin

ADIÓS A UN MUSICÓLOGO

EJEMPLAR

RICARDO MIRANDA

LE DEBO A LUISA VILAR PAYÁ el privilegio de haber conocido a Richard Taruskin (1945-2022), el musicólogo norteamericano fallecido el primero de julio en California. Junto con Luisa lo trajimos a México en 2016 para que impartiese algunas conferencias y un curso para jóvenes investigadores. Que el especialista más importante de nuestro tiempo haya venido a dar clases ya nos dice algo acerca de cómo la musicología ha dejado de ser, en nuestro país, un asunto de aficionados para convertirse, paulatinamente, en una disciplina académica formal y reconocida. Desde luego no canto ninguna victoria, los espontáneos siguen saltando al ruedo, pero algo se mueve y cambia.

De aquellos días se dibuja en la memoria el recuerdo de una tarde cuando, tras comer opíparamente en Xalapa, nos trasladamos al auditorio de la Facultad de Música para una mesa redonda donde nos habló de dos temas favoritos, la relación entre crítica y mal gusto y los peligros del pensamiento utópico. Apenas pudimos entrar y en todos mis años en Xalapa no recuerdo haber visto así de abarrotado aquel auditorio. Cuando salimos, Taruskin estaba feliz de haber tenido un público tan numeroso como interesado, con los jóvenes sentados en los escalones, pero como en Xalapa lo más importante es la comida, nos dimos a la fuga para ir a cenar con otro grupo de alumnos al famoso Asadero Cien. Recuerdo también que mientras caminábamos, rodeados de jóvenes que le pedían las consabidas fotos y firmas de libros —Taruskin era en aquellos momentos un *pop star*—, una burócrata me alcanzó para decirme que todavía no estaban listos los fondos que harían posible su visita. El espíritu kafkiano vive a sus anchas en la Universidad Veracruzana y aquella ocasión no dejó de mostrar la estulticia de su sonrisa administrativa.

TARUSKIN INICIÓ AQUELLA VISITA a México en Cholula, adonde lo había invitado la Universidad de

las Américas antes de los problemas también kafkianos que hoy la invaden. Ahí dictó una estupenda conferencia sobre interpretación musical (uno de sus temas favoritos) y nos hizo escuchar diversos ejemplos, incluido el famoso pasaje a solo del Quinto concierto de Brandemburgo tocado por Furtwängler. Entre cursos y conferencias lo llevamos a Teotihuacán, que lo deslumbró; al Museo Nacional de Antropología —donde Antonio Saborit, su director, nos regaló una inolvidable visita guiada— y, a firme petición suya, a la casa museo de Trotsky en Coyoacán. Ahí Taruskin fue nuestro guía especializado. Reconocido como el gran experto en música rusa —para enojo de los musicólogos soviéticos— la historia de ese país le apasionaba y le había dedicado no pocos esfuerzos. Sus famosos volúmenes sobre Stravinski son referencia obligada y sus libros *Definiendo a Rusia musicalmente* y *La música rusa, en casa y en el extranjero* son fuente inagotable de reflexión y aprendizaje.

Para quienes estudiamos cualquier asunto vinculado con la vida musical mexicana en los siglos XIX o XX, la lectura de los ensayos de Taruskin sobre música rusa es siempre reveladora, y basta sustituir el nombre de ese país por México para darnos cuenta del provecho y valía de sus reflexiones. En particular, la historia de la

Unión Soviética le apasionaba. Quizá por ello, una de sus más famosas columnas en el *New York Times*, del que fue colaborador habitual, fue aquella de 2016 donde polemizó sobre la novela que Julian Barnes dedicó a Shostakovich, *El ruido del tiempo*. ¿Hasta qué punto un novelista deja de ser historiador? ¿Por dónde pasa la línea que divide las tareas de un literato de las del musicólogo metido a biógrafo?

Los novelistas —escribió Taruskin— tienen todo el derecho de utilizar los datos históricos para dotar de verosimilitud sus obras, y entera libertad de traspasar más allá de los hechos, hacia donde su deseo les lleve. Los historiadores, sin embargo, están atados por las circunstancias, condenados a las vistas parciales y obstruidas que sus fuentes les ofrecen. Su único recurso es seguir buscando y rezar mientras los novelistas pueden gozar de una vista sin cortapisas. Pero ¿qué es lo que ven? A menudo, describen deliberadamente lo que nunca sucedió.

A esa lúcida oposición metodológica añadió en la frase más demoledora de su reseña una conclusión muy dura: "[Julian Barnes] quiere la libertad del novelista y la autoridad del historiador. Al buscar ambas se queda sin ninguna".

NO ME IMAGINO cómo habrá sido polemizar con Taruskin. Y menos me habría gustado hacerlo más allá de alguna sobremesa o correo electrónico que alcanzamos a cruzar. Era un hombre enciclopédico y poseía una memoria descomunal. Así lo retrató James R. Oestrich, su editor en el *New York Times*, pero no hace falta ningún testigo en el estrado para quienes lean algo de su *Oxford History of Western Music*, un *tour de force* en cinco volúmenes (más un sexto de índices y referencias) que, después de todo, puede pensarse —según



Richard Taruskin (1945-2022).

Fuente: kyotoprize.ox.ac.uk

él mismo decía— como la última obra de su especie.

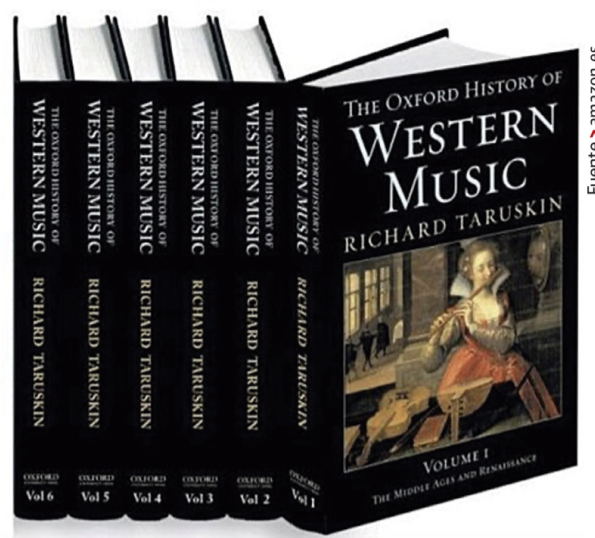
¿Puede una sola persona saber tanto de música? ¿Y puede, además, ponerlo por escrito e ilustrarlo con toda suerte de ejemplos musicales? Si la misma idea de una historia de la música ya es difícil de contemplar, en virtud de las dificultades técnicas que implica escribirla, la noción de una historia de la música a cargo de un solo autor hoy se antoja imposible, más la necia insistencia de algún aficionado que un libro medianamente serio. Pero la *Historia Oxford* de Taruskin acaba con tales prejuicios: que se detenga en tantos detalles y se meta a profundidad con varios compositores, técnicas y estilos; que subraye o se detenga sobre músicas poco exploradas (como las páginas que dedicó a Julián Carrillo como artífice de la música moderna) y que dé cuenta de tantos y tantos aspectos de la música estudiada, se antoja una tarea titánica pero digna de ser emulada, siquiera entre varios musicólogos.

Cierto, no es una lectura fácil ni todas sus páginas están destinadas a un público amplio pues a menudo exige de sus lectores una buena formación musical, capacidad para leer partituras y conocimientos sólidos de armonía y análisis. Pero nadie dijo que la musicología fuera fácil y sólo los muy sordos dirán que se puede *hablar* o *escribir* sobre música sin *saber* de música, sin saber *leer* música.

Esa capacidad enciclopédica no era gratuita. “No lo hurta, lo hereda”, dirían en mi familia. Taruskin había estudiado con Paul Henry Lang, cuyas mil cien páginas intituladas *La música en la civilización occidental* fueron el libro de referencia que hace cincuenta años se antojaba insuperable. Así vemos hoy la *Historia Oxford* de Taruskin, aunque no faltan quienes acusan omisiones (habla casi nada de Sibelius, no menciona a ciertas compositoras norteamericanas, etcétera). Como le confesó él mismo a un reportero, “mientras Taruskin sea el rival a vencer, Taruskin está contento”.

FUE UN MUSICÓLOGO EJEMPLAR, capaz de escribir para el mundo académico y para el público que seguía sus reseñas o sus polémicas columnas periodísticas. Sus críticas hacia consabidos compositores norteamericanos como Milton Babbitt o Donald Martino, su visión inquisitiva sobre figuras consagradas como Schönberg o Prokófiev y su cuestionamiento de la llamada interpretación históricamente informada levantaron ámpulas, gritos y sombreros. Cuando en 2001, tras los ataques de septiembre, la Orquesta Sinfónica de Boston decidió censurar algunos coros de la ópera de John Adams, *La muerte de Klinghoffer* (donde terroristas palestinos matan a un judío en silla de ruedas), el llamado de Taruskin a distinguir entre paciencia y censura causó un revuelo que se sintió en ambas orillas del Atlántico... ¿qué nos habría dicho de la *cancelación* que hoy pende sobre algunos artistas rusos?

La respuesta, casi con seguridad, le habría llevado a uno de sus *leitmotiv*.



Fuente: amazon.es

En uno de sus libros cuyo título lo dice todo, *El peligro de la música y otros ensayos antiutópicos*, reunió muchas de sus reseñas donde es fácil encontrarle en medio de los temas más polémicos. “La música es una poderosa forma de persuasión que opera en el mundo, un arte serio que posee una fuerza ética y que impone responsabilidades éticas”, afirmó respecto a la interminable discusión sobre Wagner y el antisemitismo. “Es mejor que Wagner siga siendo *tref* (“sucio”) en Israel y que la polémica arda [...] antes de que se convierta, en la vida de los conciertos en Israel, tanto como en cualquier lado, en otro narcótico suave”.

Cuando Taruskin vino a México, hubiera sido lógico que nos hablase de sus trabajos acerca del nacionalismo en la música, o de algún compositor o repertorio que tuviese rasgos afines con la música de México. Desde luego, no quiso nada semejante y dedicó su seminario para darnos a conocer uno de sus nuevos ensayos dedicado a Liszt y el mal gusto. Al inicio, las ideas de Taruskin parecían lógicas y previsibles: habían sido los despliegues ostentosos de técnica los que, con Liszt a la cabeza, se habían convertido en el rasgo distintivo de los intérpretes del siglo XIX. ¿Eran tales despliegues música o circo? De la necesidad de distinguir entre ambos surgió una crítica informada, seria, que pudiera ocuparse de los aspectos más importantes de la música, de su significado, de sus alcances estéticos, culturales; y no de los tristes o aparatosos devaneos de intérpretes o directores. Pero veinte cuartillas y dos horas después, su discurso nos había llevado al centro mismo del problema de la música clásica en nuestro tiempo: su elitismo y su percepción como un arte lejano y en decadencia.

Theodor Billroth, el mecenas y amigo de Brahms que deseaba escuchar a

solas la Primer Sinfonía, corporeizaba el problema, es decir, la construcción artificial de la música clásica como un espacio de élite; una noción que había sido alentada mil veces (por Schönberg, entre otros, nos recordó Taruskin, con su demoledora frase: “Si es arte, no es para todos, y si es para todos no es arte”). Pero Liszt, que había escrito las obras más avanzadas y sofisticadas, lo mismo que una “Rapsodia Húngara II” que hasta Bugs Bunny interpretó, “había creado, con su impulso generoso y expansivo para incluir a todos y a todo, muchos problemas para ese proyecto”. A Brendel, a Charles Rosen, la *incorrección*—musical, política, nacionalista—de esa obra les causaba problemas. Si algo aprendimos en aquella memorable sesión fue el poder del pensamiento crítico acerca de la música y, en particular, de olfatear y desmoronar los discursos utópicos preconcebidos que a menudo son el verdadero obstáculo para darle a la música un espacio amplio y floreciente.

“**LA MUSICOLOGÍA** es uno de los agentes inventivos de la música”, afirmó en alguna página de *Text & Act*, otro de sus libros imperdibles. La tonalidad que tal frase sugiere es acaso la que hoy impera tras estas líneas donde la tristeza de su partida y la admiración por su trabajo se funden. Si algo había que aprender de Taruskin era su infinita capacidad para construir, para inventar la música desde un discurso renovado. No importa si se trata de su visión sobre músicas recónditas—como en el primer volumen de su *Historia Oxford*, dedicado a las músicas más antiguas—, o sobre las más conocidas—Liszt, Beethoven, Chaikovski—, o si se trata de las páginas finales de su monumental *opus* donde habla—¿quién lo diría?—de los textos de Rosario Castellanos utilizados por John Adams para su oratorio *El niño*, estrenado el año 2000. Al hablar de esta obra, Taruskin no sólo se remonta a la Conquista o a la matanza del 68, sino también al Londres de Händel, otra época en que lo sacro y musical resultaron en un repertorio comercialmente viable, como el de Adams, o como el de las pasiones de Gubaidulina o Rihm, de las que también da cuenta al final de su texto. “Esa nueva espiritualidad, ¿es meramente otra pantalla tras la cual el arte elevado se aboca a su tarea cotidiana de reforzar las divisiones sociales al crear ocasiones de élite?”, se pregunta sin ofrecer más respuesta que su conclusión: “El futuro es cosa de los adivinos. Nuestra historia termina, como debe hacerlo, en medio de las cosas”.

En efecto, la música está en medio de las cosas, de la historia, de la vida. Un musicólogo es el duende garcialorquiano que entra y sale de ella, nadando en sus aguas sonoras, ya hacia lo más hondo, ya hacia las gotas que salpican el aire. Taruskin fue un duende maestro de la musicología, un Puck de las pautas y sus arcanos, cuyas diatribas e ideas telúricas, a veces demoledoras, siempre desestabilizantes, echaremos en falta y habremos de añorar. ▣

RICARDO MIRANDA

(Ciudad de México, 1966) es autor de *Manuel M. Ponce* (Akal, 2020) y *Ecos, alientos y sonidos, ensayos sobre música mexicana* (FCE, 2001). Fue director del Conservatorio Nacional de Música, donde imparte clases de Musicología, Historia y Análisis musical.

“EN EFECTO, LA MÚSICA ESTÁ EN MEDIO DE LAS COSAS, DE LA HISTORIA, DE LA VIDA. UN MUSICÓLOGO ES EL DUENDE GARCIALORQUIANO QUE ENTRA Y SALE DE ELLA, NADANDO EN SUS AGUAS SONORAS”.

El auge de la ola feminista y la visión nueva sobre el pasado que ofrecen los estudios de género permiten revisar figuras icónicas a la par de hechos profundamente inequitativos. Es el caso de los científicos que la matemática Gabriela Frías pone en el foco de su análisis: tanto Marie Curie como Albert Einstein recibieron el Premio Nobel y su obra impactó al mundo; a su vez, ambos tuvieron vidas amorosas complejas, pero mientras el comportamiento privado de él mereció respeto, ella enfrentó el descrédito profesional.

Marie Curie y Albert Einstein

PASIONES CIENTÍFICAS

Y EL TEMA DEL GÉNERO

GABRIELA FRÍAS VILLEGAS

@gavilla

A veces imaginamos que científicas y científicos son seres aburridos, tímidos, distantes, que solamente se interesan por sus estudios. En realidad son personas apasionadas, que desbordan emociones por su trabajo, pero también por sus amores. Éste fue el caso de dos de los más grandes científicos de todos los tiempos: Marie Curie y Albert Einstein, quienes fueron amigos y tuvieron mucho en común. En primer lugar, ambos ganaron el Premio Nobel. De hecho, Marie ganó dos: el de Química en 1903 y el de Física en 1911. En segundo lugar, lograron avances revolucionarios y se convirtieron en *rockstars* de la ciencia. Finalmente, Marie y Albert tuvieron romances apasionados, aunque en su momento la sociedad los juzgó de manera diferente por ello.¹

AMORES RADIATIVOS

Empecemos por la polaca Maria Salomea Skłodowska-Curie (1867-1934), quien inició su formación en la Universidad Flotante de Polonia, una institución clandestina que ofrecía educación inclusiva. Al concluir su preparación ahí decidió continuar con sus estudios en química y física, pero para ello debía mudarse a París e inscribirse en la Sorbona. Como su familia no tenía dinero para financiar ese viaje, Marie hizo un trato con su hermana Bronya: ella trabajaría como institutriz para ayudar a Bronya a estudiar y, cuando ésta terminara sus estudios, apoyaría a su hermana de modo similar.

Así, Marie se mudó al campo para ser profesora de los hijos de la familia Zorawski y ahí conoció a su primer amor. Se trataba de Casimir, el hijo mayor, quien estudiaba matemáticas en Varsovia. Él y Marie se enamoraron perdidamente, pero cuando el joven dijo a sus padres que quería casarse con ella, éstos se negaron a dar el permiso: no permitirían que su hijo se uniera a una institutriz. Años más tarde, la historia mostraría el error de los Zorawski: Marie se convertiría en una

de las científicas más importantes de la historia.

Cuando Bronya terminó sus estudios, cumplió su promesa y apoyó a Marie para que pudiera estudiar en la Sorbona de París, donde logró obtener su título de licenciatura. Poco después de terminar su carrera se encontró por primera vez con Pierre Curie, quien se convertiría en su colaborador más cercano y su compañero de vida. Apenas dos meses después de conocerse, Pierre le dijo a Marie que quería pasar el resto de la vida a su lado.

Ella aceptó casarse con él en 1895, año en el que también se convirtió en la primera doctora en Ciencias de Francia. Algunos años después, Marie le escribió a Bronya: "Tengo el mejor marido que podría soñar; nunca habría imaginado que encontraría a alguien como él". Como fruto de esa relación, Marie y Pierre tuvieron dos hijas —Irene y Éve—; además, en 1903 obtuvieron un Premio Nobel de Física, por sus estudios sobre los elementos radiactivos. La historia de amor entre estos dos grandes científicos terminó en 1906, cuando Pierre murió atropellado por un carruaje de caballos.

CUATRO AÑOS DESPUÉS de quedar viuda, Marie inició una relación pasional con Paul Langevin, un físico brillante que había sido alumno de Pierre. Marie estaba fascinada con él, pero la sociedad de la época condenó el romance por dos razones: la primera, porque Marie era viuda y madre de dos hijas; la segunda, porque Paul estaba casado. La científica fue sometida al desprecio público, acusada de adulterio. Surgieron rumores falsos de que había iniciado su relación con Paul antes de que Pierre muriera y esto había provocado el suicidio de



Marie Curie (1867-1934).

Fuente > es.wikiquote.org

su esposo. En medio del escándalo, ella recibió la noticia de que se le otorgaría un Premio Nobel de Química y algunos académicos de la Sorbona trataron de impedir que recibiera el galardón, pero su amigo Einstein, quien consideraba que Marie era la mujer más inteligente que había conocido, le envió una carta de apoyo:

Siento la necesidad de decirle lo mucho que admiro su espíritu, su energía y su honradez. Me considero afortunado por haberla conocido en

Bruselas. Siempre agradeceré que tengamos entre nosotros a gente como usted y como Langevin, genuinos seres humanos de cuya compañía uno pueda congratularse. Si la chusma sigue ocupándose de usted, sencillamente deje de leer esas tonterías. Que se queden para las víboras para las que han sido fabricadas.²

Las humillaciones continuaron cuando la Academia Nobel solicitó en una carta a Marie que no fuera a recibir el premio. Ella contestó lo siguiente:

La acción que ustedes me recomiendan me parece que sería un gran error de mi parte. En realidad, el premio ha sido concedido por el descubrimiento del Radio y el Polonio. Creo que no hay ninguna relación entre mi trabajo científico y los hechos de mi vida privada. No puedo aceptar, por principio, que la idea de que la apreciación del valor del trabajo científico pueda estar influida por el libelo y la calumnia de mi vida privada.³

Marie acudió muy orgullosa a recibir su premio, aunque la relación con

Paul no se sobrepuso a las críticas. Años después, en 1934, Marie murió a causa de una anemia provocada por el largo contacto con la radiación. Fue enterrada en el Panteón de los Hombres Ilustres, donde descansan sus dos amores: Pierre y Paul.

LA RELATIVIDAD DEL AMOR

Sigamos con Albert Einstein (1879-1955), uno de los científicos más importantes y famosos de la historia. Nació en Alemania, dentro de una familia de origen judío. Inició sus estudios científicos en la Escuela Politécnica Federal de Zurich, que era uno de los principales centros educativos en Europa; quería estudiar Matemáticas y Física. Ahí conoció a una mujer destacada, que se convertiría en su pareja, Mileva Maric, mujer serbia que provenía de una familia acomodada. En 1896 ella decidió estudiar Física y Matemáticas en el Instituto Politécnico de Zurich, donde era la única estudiante mujer. Cuando terminaron los exámenes finales de su carrera, Mileva y Albert habían decidido casarse, pues además de estar enamorados, tenían una intensa colaboración académica en su tema preferido: la Física. Sin embargo, la madre de Einstein no aprobaba la relación y le dijo: "Igual que tú, ella es un libro, pero tú necesitas una esposa. Para cuando tengas treinta, ella va a ser una vieja bruja". La última objeción se refería a que Mileva era cuatro años mayor que Albert.

Antes de contraer matrimonio, la joven quedó embarazada, por lo que tuvo que abandonar sus estudios en el Politécnico, a pesar de que sólo le faltaba un examen para obtener el doctorado. Por su parte, Albert obtuvo el doctorado en 1900, pero no quiso casarse sin tener un empleo estable. En 1902, Mileva dio a luz a una niña. No se sabe a ciencia cierta lo que pasó con ella, se cree que pudo ser dada en adopción o murió siendo bebé. En 1903, Einstein obtuvo un trabajo en la oficina de patentes de Berna, lo que le permitió tener un sueldo y casarse con Mileva. Ya casados tuvieron un segundo hijo: Hans Albert. Poco después, en 1905, inició el llamado *año milagroso* en el que Einstein publicó cuatro artículos que revolucionarían la física moderna. A pesar de que los trabajos están firmados solamente por él, algunas historiadoras creen que fueron el fruto de una intensa colaboración con Mileva. Como resultado de estos trabajos, la fama de Einstein creció, pero la vida de la científica se fue en picada.

EN 1910 NACIÓ EDUARD, el último hijo de la pareja, quien desde pequeño estuvo enfermo y requirió cuidados especiales. La madre se hizo cargo de él y esto molestó a Einstein, quien se sintió relegado a un segundo plano en la atención de Mileva, de modo que empezó a ignorarla: el amor y la pasión que sentía por ella se habían apagado. Entonces Einstein le dictó a su esposa reglas que debía seguir, entre ellas:

1. Deberás asegurarte de mantener mi ropa y la del hogar en buen estado, así como servirme tres comidas en mi habitación.

2. Renunciarás a cualquier tipo de relación personal conmigo que no sea estrictamente necesaria por razones sociales. En concreto, renunciarás a sentarte en casa junto a mí, pasear o viajar juntos.

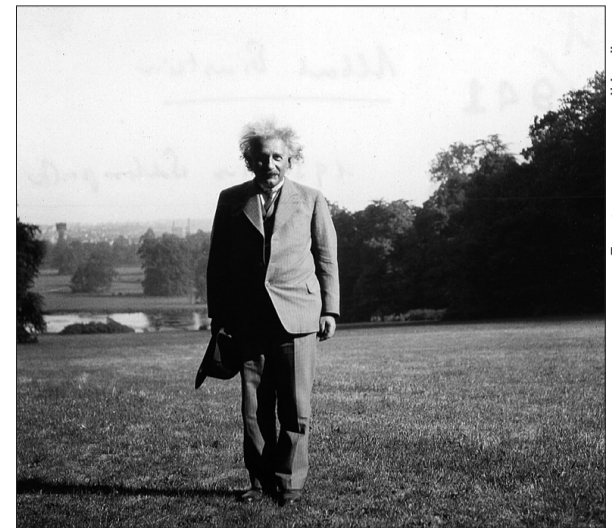
3. Tendrás en cuenta que no mantendremos relaciones íntimas, ni me reprocharás nada; además dejarás de hablarme si yo lo pido.⁴

La pareja se divorció en 1919. Por años Mileva vivió en la miseria, hasta que en 1921, cuando Einstein recibió el Nobel de Física, le cedió el dinero del galardón. Existen varias teorías sobre por qué lo hizo. La primera es que era parte de los acuerdos de divorcio. La segunda es que Einstein quiso compensarla por la falta de crédito en los artículos que trabajaron juntos. Mileva pasó los últimos años de su vida dando clases en una secundaria y nunca volvió a hacer investigación. Murió en 1948.

Después de divorciarse de Mileva, Einstein contrajo matrimonio con su prima, Elsa Loewenthal. Ella amaba el lujo y la cercanía con personalidades de la época, lo que la hacía una pareja ideal para el físico más famoso del mundo. A diferencia de Mileva, Elsa no compartía la pasión de su marido por la ciencia. Acerca de ella, él escribió: "Estoy contento de que mi segunda esposa no entienda nada sobre ciencia, a diferencia de la primera". Debido a la persecución antisemita que inició el partido nazi en Alemania, Albert y Elsa se mudaron a Estados Unidos, donde él trabajó en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. Poco después de llegar a Norteamérica, Elsa empezó a tener problemas cardíacos y murió en diciembre de 1936.

AUNQUE A OJOS DEL PÚBLICO Elsa y Albert parecían una pareja feliz, él no se privó de amoríos con otras mujeres. Entre ellos, tal vez el más sorprendente fue el que mantuvo con Margarita Koniónkova. Nacida en Rusia, se decía que era "tan hermosa que parecía la obra de un gran artista", por ello, cautivó a algunos de los hombres más famosos de su país, como el compositor Serguéi Rachmaninov y el artista Serguéi Koniónkov, con quien se casó. En 1923, Margarita y Serguéi se mudaron a Estados Unidos, donde se encargó al artista realizar una estatua de Albert Einstein. Cuando el científico conoció a Margarita quedó fascinado y empezó a mandarle cartas de amor. Tras la muerte de Elsa, la relación entre Margarita y Albert se hizo más intensa y empezaron a vivir juntos varios meses al año en Nueva Jersey, mientras Serguéi trabajaba en Chicago. Aparentemente, el artista estaba al tanto del amorío de su esposa y no lo objetaba,

“LA ÚLTIMA PAREJA DE ALBERT EINSTEIN FUE JOHANNA FANTOVA; ERA RESTAURADORA DE MAPAS. ÉL LE LLEVABA MÁS DE VEINTE AÑOS DE EDAD”.



Retrato de Albert Einstein (1879-1955) en Laeken, Bruselas, fecha y autor desconocidos.

pues llamaba "Almar" (Albert y Margarita) a la pareja. La historia dio un giro más interesante cuando se supo que Margarita trabajaba para el servicio de inteligencia ruso. Aparentemente, estaba encargada de espiar a los físicos relacionados con el Proyecto Manhattan, en el marco del cual se construyó la primera bomba atómica.

Después de terminar su relación con Margarita, la última pareja de Albert Einstein fue Johanna Fantova; era restauradora de mapas. Él le llevaba más de veinte años de edad. En su diario, Margarita describió al científico de 75 años, *achacoso*, pero con sentido del humor. La pareja pasaba los días caminando al aire libre, visitando museos o asistiendo a conciertos de música clásica. La relación continuó hasta la muerte de Albert Einstein, el 18 de abril de 1955.

TANTO CURIE COMO EINSTEIN fueron científicos excepcionales, que amaron profundamente a las parejas que tuvieron durante su vida. Sin embargo, la sociedad de su época los juzgó de maneras diferentes: mientras Einstein fue aclamado como el científico más importante de su tiempo y nadie cuestionó su vida privada, Marie fue condenada por la sociedad de su época por enamorarse de un hombre casado, siendo viuda y madre de dos hijas. ■

NOTAS

¹ Este artículo se inspira en una plática que tuve con Rosa Montero y José Edelstein, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=wc4VBUvUWoA>

² Rosa Montero, *La ridícula idea de no volver a verte*, Planeta, Madrid, 2013, p. 142.

³ *Idem*.

⁴ Walter Isaacson, *Einstein: His Life and Universe*, Simon and Schuster, Nueva York, 2007, p. 198.

REFERENCIAS

José Edelstein y Andrés Gomberoff, *Einstein para perplejos*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2015.

Albert Einstein, *Mi visión del mundo*, Tusquets Editores, México, 2015.

Walter Isaacson, *Einstein: His Life and Universe*, Simon & Schuster, Nueva York, 2007.

Rosa Montero, *La ridícula idea de no volver a verte*, Planeta, Madrid, 2013.

Jeffrey Orens, *The Soul of Genius: Marie Curie, Albert Einstein, and the Meeting That Changed the Course of Science*, Pegasus Books, Nueva York, 2021.

Gerald James Whitrow, *Einstein, el hombre y su obra*, Siglo XXI, México, 1990.

TODAS LAS TARDES, alrededor de las seis y media, cuando el solazo del desierto ha dejado de achicharrar hormigas, Rafa se aposta en el cruce de Colón e Independencia a lanzar sus arengas.

Su misión, en sus propias palabras, es advertirle a la gente que se avecinan hambrunas, caos y más guerras. Quizá habla en sentido figurado, quizá se refiera a la inflación, al aumento en el precio del huevo o a los gasolinazos. Con el dedo apunta de manera virulenta a los automovilistas. Odia los carros. Y es un amante de las bicicletas. Luce un aspecto roto pero sin llegar a lo desastrado. Pantalón de mezclilla rasgado, playera, una boina, que es imposible de soportar en este clima, y barba de rabino. La primera vez que lo vi pensé en los vagabundos al final de *El día de la bestia* de Alex de la Iglesia. Locos que conocen una verdad que todos desconocemos.

Un día decidí comprarme una bici para ligarme a una nena ciclista. No tuve suerte con la morra pero descubrí que darme un rol en la rila me desintoxicaba del fastidio que me producía manejar bajo el sol de las tres de la tarde, cuando tengo que ir por mi hija a la escuela, y del de las cinco, que es cuando la tengo que llevar a nadar. Comencé a salir en la bici por las tardes y de regreso me tocaba pasar por la esquina de Colón e Independencia. Rafa me veía pasar pero a los ciclistas no les grita. A veces sostiene un trapo con la palabra *Dios* garabateada con pintura negra o una pancarta con el mensaje *arrepíentanse*.

Un día me tocó el semáforo en rojo y me detuve junto a él. Interrumpió su perorata para chulearme la bici. La suya estaba apostada en un poste. De inmediato me percaté de que está más cuerdo de lo que te quiere hacer creer. Nos despedimos y continuó exhortando a la población a que se acercara a Dios. A partir de ese día nos volvimos amigos. Y su aparente hermetismo cada día fue desapareciendo. Descubrí que le gusta platicar, la tecnología y que está regenerado.

EN *EL DÍA DE LA BESTIA*, el padre y el profesor Cavan acaban de *clochar*s porque algo muy grueso les ha ocurrido: salvaron al mundo al asesinar al anticristo. Siempre he creído lo mismo que Álex de la Iglesia, que detrás de las personas que terminan en la calle hay un hecho traumático que casi siempre tiene que ver con lo sobrenatural. Rafa no es la excepción. Por eso lo invité a tomar un par de cervezas, para que me contara su historia.

LA PRIMERA VEZ QUE ME CASÉ tenía 16 años. Fue una ceremonia sencilla, en la tarde, tal vez viernes. No me puse ningún vestido blanco, llevaba el uniforme azul marino del colegio. Oía a escuela, a lápiz, a adolescencia. Mascaba chicle, hacía bombas para calmar la emoción y asegurar un aliento a frutas al momento del beso. Una cláusula decía: permanecerán juntos hasta que la muerte los separe (yo entendí *suerte*), en las alegrías y las penas, en la salud y la enfermedad. Se amarán por siempre. No entendía ese concepto, para mí, el futuro era ese instante, acaso se extendía hasta el próximo año escolar.

Aunque éramos menores de edad, no hubo impedimentos. Ninguno de los dos tenía bienes propios, el único valor material mancomunado era el par de anillos plateados que había comprado en el puesto de unos hippies en Coyoacán.

Grabé con marcador la fecha y nuestras iniciales. Escribí mi nombre en la esquina inferior del contrato nupcial. Mi amiga, que fungió como juez y testigo, me pinchó el dedo con un alfiler. Firmé el documento con sangre.

Hubo un pequeño inconveniente, el novio no se enteró ni asistió a la boda. No es casualidad que el ausente, lo juro, se llamara Ausencio. No diré el apellido.

Uno comete el error de casarse varias veces. Por desgracia, en mi tercera y cuarta boda los novios sí estuvieron presentes, me costó mucho trabajo deshacerme luego de ellos. En la sexta, la policía me detuvo cuando iba en camino al registro civil. La octava pareció un funeral, ahí mismo enterré a mi fatídico cónyuge. Mi décimo intento también



auctionvan-ham.com

“ANTES ERA UN DESMADRE
Y EL COTORREO LO ORILLÓ
A BUSCAR REFUGIO EN DIOS.
TRABAJA DE ALBAÑIL”.

Nos fuimos a la cantina Las Naves de Colón, a una calle de su puesto de trabajo. Me aceptó la invitación con la condición de que fueran sólo dos cervezas, porque se ha regenerado. Como todo cristiano, antes era un desmadre y el cotorreo lo orilló a buscar refugio en Dios. Tiene tres celulares. Trabaja ocasionalmente de albañil. Es divorciado y tiene dos hijos. Vive en un barrio bravo, la antigua aceitera, pero no se junta con nadie de la colonia porque todos lo miran con malos ojos por gritar consignas en la calle.

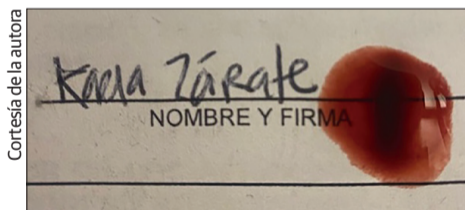
El punto de quiebre, eso que lo enderezó, fue una bruja, cuenta. Las drogas, el alcohol y la educación católica imperante inducen en las personas que viven episodios psicóticos este tipo de delirios. Cansado del acoso de la bruja una mañana tomó una de sus bicicletas y pedaleó veinte kilómetros de madrugada, desde su casa hasta un templo en el municipio de Matamoros. En el camino tuvo una revelación. Debía predicar en las calles sobre los peligros que acechan a la humanidad en el futuro próximo.

Para él es un trabajo. Hace dos turnos, el de la mañana, antes de que se caliente demasiado, y el de la tarde. Si le pagaran por ello sería el empleado del mes, por su dedicación, nunca falla. Desde hace cinco años ocupa la misma esquina y siempre que pasa un ciclista lo saluda, sabe su nombre, y los ciclistas saben el de Rafa. Le pregunto que cuándo termina su misión. Cuándo acabará su labor. Dice que al final de la guerra entre Rusia y Croacia se mudará de esquina. Y que estallando la tercera guerra mundial cerrará la boca.

Al terminarse la segunda chela me dice que tiene que irse, para entrar a su casa antes de que llegue su hermana, atranque la puerta y él tenga que dormir en la calle.

Nos despedimos. Hasta mañana, me dice, sabedor de que pasaré por Colón antes de que anochezca. Yo me pido otra chela. Antes de salir me invita a que me una a él. A que lance arengas con él. Gracias, le digo.

Y la neta, me lo estoy pensando. □



Cortesía de la autora

“EL MATRIMONIO ABURRE MUY PRONTO, LA MISMA
CARA Y CONVERSACIÓN, EL MISMO SEXO, LAS RUTINAS”

fracasó, me escapé en la luna de miel para no cargar con equipaje ajeno.

EL MATRIMONIO ABURRE MUY PRONTO, la misma cara y conversación, el mismo sexo, las rutinas. Se pasa el tiempo mirando rostros que ya no dicen nada, sólo emiten quejas por la mala comida y las fallas domésticas. Se aguantan los celos mientras una se quiere ir con otro. Yo no quiero obligaciones, discusiones y reconciliaciones inútiles. Prefiero una relación donde prevalezca el deseo, los besos en la boca, las risas, la alegría de estar con el mismo, diferente cada vez.

Cásate conmigo, lector, y vivamos juntos pero separados. Acompañémonos de una forma diferente. No prometo cuidarte si te enfermas de Covid-19, tampoco serte fiel. Caeré en tentaciones, pero juro ante el mundo que sólo voy a escribirte a ti. ¿Aceptas?

.....

*** Hazme entrar en sinrazón. □

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
**CARLOS
VELÁZQUEZ**

@Charfornication

PREDICADOR
CALLEJERO
MANIÁTICO

OJOS DE PERRA AZUL

Por
**KARLA
ZÁRATE**

@espia_rosa

SIN
COMPROMISO

REDES NEURALES

Por
**JESÚS
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**

@JRBneuropsi

¿ABORDAJES MÉDICOS O PSICOLÓGICOS?

“LOS SISTEMAS DE
SALUD REQUIEREN
AUMENTAR LA
CANTIDAD DE
RECURSOS HUMANOS
ESPECIALIZADOS EN
PSICOTERAPIA Y
EN TRABAJO SOCIAL”.

En fechas recientes recibí la invitación de colegas españoles a participar en un debate titulado: “¿Psicología o psiquiatría?” Acepté como representante de la medicina psiquiátrica, pero no creo que ésta y la psicología deban estar en una relación de oposición o confrontación. Al contrario, creo que no necesitamos elegir entre ambas disciplinas, sino preguntarnos: ¿cómo lograr que la colaboración entre ellas sea más útil y fértil para ayudar a quienes buscan atención clínica, y generar un conocimiento válido y relevante? La pregunta es de interés general, porque en los servicios de salud recibimos a diario gran cantidad de solicitudes para atender problemas psicológicos, de salud mental y trastornos psiquiátricos.

En el terreno académico y profesional, la psicología es una licenciatura que puede llevar a múltiples posgrados: psicología clínica, psicoterapia, neuropsicología, psicología social y muchos otros campos. Por su parte, la psiquiatría es una rama de la medicina: los profesionales deben estudiar esta disciplina y luego realizar una residencia médica con un enfoque práctico, basado en el conocimiento científico, que los puede llevar a subespecialidades como la psiquiatría de niños y adolescentes, la psicogeriatría, la medicina del sueño o mi propia disciplina, la neuropsiquiatría. Tanto los profesionales de la psicología como los de la psiquiatría pueden dedicarse a la academia, la clínica o la investigación. Entonces, ¿cuál es el problema?

SUCEDER QUE, DENTRO DE ESAS DISCIPLINAS, hay múltiples perspectivas; algunas convergen y permiten la colaboración, pero existen escuelas y corrientes teóricas contrapuestas. También hay aspectos sociales en juego, como la identidad profesional, las relaciones de poder en las instituciones, la competencia científica y académica, y otros asuntos políticos e ideológicos. Esto genera un estado de tensión que puede calificarse como territorial, y que sólo se resolvería mediante una reorganización de los servicios de salud, que han estado dominados por el modelo médico, con poca apertura a las intervenciones psicológicas.

Uno de los debates consiste en distinguir —con validez científica— entre los problemas psicológicos y los trastornos psiquiátricos. ¿Cómo saber si estamos frente a un problema de conducta basado en el aprendizaje, o ante un problema de salud que afecta la conducta? En el caso de lo psicológico, ¿existen situaciones en las cuales es útil o conveniente emplear el concepto de lo patológico? Es decir, ¿es válido hablar en algunos casos acerca de *lo psicopatológico*? ¿O nos encontramos siempre ante comportamientos que no tienen su origen en problemas de salud sino en procesos de aprendizaje?

El concepto de *lo psicológico*, en una síntesis preliminar, podría incluir el estudio de la conducta tal y como puede ser registrada por un observador externo, y al mismo tiempo, el estudio de la experiencia consciente o subjetiva, a partir de los reportes de cada individuo. Muchos autores incluirían también los procesos cognitivos y afectivos que participan en la construcción de la conducta motora y de la experiencia consciente, incluyendo los procesos que ocurren sin que el sujeto sea consciente de ellos.

En lo personal, creo que toda la actividad psicológica humana de interés clínico sucede durante la interacción de la persona con su entorno: histórico, ecológico, cultural y físico, pero —ante todo— interpersonal. Las interacciones (o de manera más específica, la historia personal de las interacciones) conducen a procesos de aprendizaje que nos permiten explicar gran cantidad de los problemas psicológicos que se atienden en los espacios clínicos. Los contextos sociales también tienen una influencia decisiva en los problemas de conducta y en la enfermedad.

En ese sentido, los sistemas de salud —en particular, en México— requieren de manera prioritaria aumentar la cantidad de recursos humanos especializados en psicoterapia y en trabajo social. Si esto no sucede, cualquier reforma



Ilustración > Gerd Altmann / pixabay.com

a los servicios de salud mental puede ser superficial. Uno de los elementos esenciales de la atención clínica en este campo es que se necesitan personas atendiendo a otras personas. No existe un camino alternativo. Por otra parte, hay gran cantidad de circunstancias a través de las cuales nuestro organismo puede enfermar, y los procesos de salud y enfermedad tienen repercusiones muy relevantes en el nivel de lo psicológico. Además del medio externo, los organismos vivientes estamos dotados de un medio interno fisiológico que afecta la actividad del sistema nervioso, y que a la vez es regulado a través de ese sistema.

La relación entre la patología y la psicología es mucho más estrecha cuando las enfermedades conciernen al sistema nervioso. Una enfermedad que afecta la actividad de nuestro cerebro produce cambios muy significativos en las funciones cognitivas, en los procesos afectivos, en la experiencia consciente y en la conducta, en general. Esto no debe ser olvidado por los médicos, que deben acercarse con cuidado y rigor a lo psicológico; pero tampoco por quienes se dedican a la psicología, que deben estar atentos a la posibilidad de la patología cuando atienden a personas con problemas severos, atípicos, o que no mejoran con las medidas habituales. El enfoque médico no es un lujo ni un estorbo. Es una necesidad real, pero a su vez hay que tener cuidado de no caer en los excesos de una medicalización acrítica o mercadológica. Por lo demás, unos y otros —profesionales de la medicina y de la psicología— debemos tener la humildad suficiente para reconocer nuestros límites profesionales y el gran horizonte de lo desconocido, que incluye todos aquellos problemas de conducta y de salud para los cuales no tenemos una solución efectiva o una explicación científica convincente.

EN MI HOSPITAL, LOS EXPERTOS en neuropsiquiatría, neurología conductual y neuropsicología trabajamos de manera conjunta y con armonía cada vez que enfrentamos retos que conciernen a cada uno de esos campos: por ejemplo, pacientes con deterioro cognitivo (como sucede en la enfermedad de Alzheimer o en la enfermedad vascular cerebral), con epilepsia, psicosis o catatonía, o con trastornos psiquiátricos tan severos que nadie sabe realmente si el problema se origina en lo psicológico, en lo neurológico o en ambas cosas. Necesitamos diagnósticos y evaluaciones del campo médico y de la psicología: a veces se requieren fármacos, o intervenciones quirúrgicas (si los síntomas son provocados por un tumor, por ejemplo), pero también psicoterapia y rehabilitación neuropsicológica. En mi hospital, los expertos en psicoterapia son médicos y psicólogos con orientaciones diversas, dentro de las corrientes conductuales, cognitivas y psicodinámicas.

Creo que la psicología, como ciencia, tiene que definir cuáles son las intervenciones más eficaces para cada tipo de problema psicológico, y cuáles son los principios que explican los cambios capaces de mejorar la vida de la gente. La psiquiatría, por su parte, debe realizar más investigación para identificar los casos que realmente requieren un enfoque médico, y las medidas de tratamiento más útiles para atender el sufrimiento y la enfermedad. En todo caso, la colaboración conduce a una mejor atención y cataliza la generación de conocimientos. ■